



HUMANITAS
HODIE 2021
Vol. 4, n°. 1

RECIBIDO: 6 DE SEPTIEMBRE DE 2021

APROBADO: 18 DE OCTUBRE DE 2021

LA IMPORTANCIA DE LOS INDIVIDUOS

William James

Traducción realizada por Luisa Jiménez Jiménez¹ y Lucas Tomás Céspedes Jaime²

NOTA INTRODUCTORIA

William James nació el 11 de enero de 1842 en Nueva York, Estados Unidos, para después convertirse en filósofo, psicólogo y médico de la Universidad de Harvard. En cuanto a sus aportes, se considera como el precursor de la psicología funcional y sus desarrollos en la epistemología pragmatista son aún relevantes dada la amplitud de sus tesis. En paralelo, James defendió un humanismo característico de su época y, en contra del canon filosófico tradicional, propuso una defensa para el sentido común y una perspectiva pragmatista. Entre sus obras notables se encuentran *Los principios de la psicología* (1890), *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902) y *Ensayos sobre empirismo radical* (1912), editada y publicada póstumamente, pues el autor murió el 26 de agosto de 1910.

La siguiente traducción corresponde al octavo ensayo de James en el libro *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy*, compuesto por breves respuestas a las observaciones de los críticos del ensayo "Great Men and their Enviroment". La significación de traducir este texto en la actualidad reside en la posibilidad de contrastar argumentos de la época que evidencien la importancia de las diferencias entre los individuos y la particular relación con los ambientes que les influyen. El texto fuente fue obtenido del proyecto Gutenberg (James, 2009).

1 Universidad Nacional de Colombia.

2 Universidad Nacional de Colombia.

El anterior ensayo, sobre grandes hombres, entre otros temas, provocó dos respuestas: una del señor Grant Allen, titulada “Génesis del genio”, publicada en el *Atlantic Monthly*; y otra denominada “Sociología y el culto al héroe”, por John Fiske, de la misma publicación. El documento que sigue es una réplica de la respuesta del señor Allen, que fue rechazada en su época por el *Atlantic*, pero al día siguiente se pudo ver en la *Open Court* para ser publicada en agosto de 1890. Aquí se encuentra una continuación natural del artículo en mención, al cual se espera proveer alguna luz explicativa.

El desprecio del señor Allen por el culto al héroe proviene de consideraciones muy simples. Los grandes hombres de una nación, dice, no son sino pequeñas desviaciones del estándar general. El héroe es simplemente un conjunto especial de cualidades comunes de su raza. Las insignificantes diferencias marcadas en la mente griega común por Platón, Aristóteles o Zenón, no son nada comparadas con las vastas diferencias entre cada mente griega y cada mente egipcia o china. Podemos ignorarlas en una filosofía de la historia, así como cuando calculamos el ímpetu de una locomotora e ignoramos el ímpetu extra causado por un único trozo de mejor carbón. Lo que cada hombre añade no es sino una fracción infinitesimal comparada con lo que hereda de sus padres o, indirectamente, de sus ancestros primitivos. Y, si lo que el pasado otorga al héroe es mucho más grande que lo que el futuro recibe de él, esto es lo que realmente provoca un tratamiento filosófico. El problema del sociólogo es acerca de lo que el hombre común produce; los hombres extraordinarios y lo que ellos producen pueden ser tomados por los filósofos como algo dado, como variaciones demasiado triviales para merecer una reflexión más profunda.

Ahora, como deseo argumentar en contra de la amabilidad polémica y sin igual del señor Allen y ser lo más conciliador posible, no objetaré sus hechos ni intentaré agrandar la distancia entre un Aristóteles, un Goethe o un Napoleón y el estándar general de sus respectivas tribus. Que sea tan pequeña como el señor Allen piensa que es. Lo único que objeto es que él debería pensar que el mero tamaño de una diferencia es capaz de decidir si la diferencia es o no un buen asunto para el estudio filosófico. Ciertamente, los detalles se esfuman desde la perspectiva de un pájaro; pero así también la perspectiva del pájaro se esfuma en los detalles. ¿Cuál es el punto de vista correcto para una visión filosófica? La naturaleza no contesta, pues ambos puntos de vista, al ser ambos igualmente reales, son igualmente naturales; y ninguna realidad natural *per se* es más enfática que la otra. El enfoque, el primer plano y el fondo son creados solamente por la atención interesada del espectador; y si la pequeña diferencia entre el genio y su tribu es lo que más me interesa, mientras que la diferencia grande entre una tribu y otra es la que le interesa al señor Allen, nuestra controversia no puede terminar hasta

que se dé una filosofía completa que nos justifique a ambos y que tenga en cuenta todas las diferencias imparcialmente.

Un carpintero ignorante que conozco dijo una vez: “Entre un hombre y otro realmente no existe una gran diferencia; pero lo poco que los separa, *es muy valioso*”. Esta distinción, a mi parecer, lleva al corazón del asunto. No es solo el tamaño de esta diferencia lo que le importa al filósofo, sino también su lugar y su tipo. Una pulgada es algo muy pequeño, pero todos sabemos que una pulgada de más en la nariz de un hombre es significativa. Los señores Allen y Spencer, cuando atacan al culto al héroe, piensan exclusivamente en el tamaño de una pulgada; yo, como admirador de los héroes, tomo su puesto y función.

Ahora, existe una notable ley sobre la que muy pocos han reflexionado. Es la siguiente: que entre todas las diferencias que existen, las únicas que nos interesan en gran medida son aquellas *que no damos por sentado*. No nos entusiasma ni en lo más mínimo que nuestro amigo tenga dos manos y pueda hablar, y que practique las usuales virtudes humanas; y así de poco nos molesta que nuestro perro camine en cuatro y que no entienda nuestras conversaciones. Esperando nada más de este último compañero, y no menos del anterior, recibimos lo que esperamos y estamos satisfechos. Nunca pensamos en intimar con el perro mediante un discurso filosófico, o con el amigo al acariciarle la cabeza o lanzándole ramas para que las atrape. Pero si el perro o el amigo se encuentran debajo o por encima del estándar esperado, generan la más viva emoción. Nunca nos cansamos de la charlatanería sobre los vicios o la genialidad de nuestro hermano; les damos poca importancia a su bipedismo y a su cara imberbe. *Lo* que diga puede transportarnos, que sea siquiera capaz de hablar nos deja paralizados. La razón de todo esto es que sus virtudes y vicios y expresiones pueden ser, siendo compatibles con el actual espectro de variaciones en nuestra tribu, justo el opuesto de lo que son, mientras que, sobre los atributos biológicamente humanos, les es imposible cambiarlos. Hay entonces una zona de inseguridad en los asuntos humanos, en la que el interés dramático yace; el resto pertenece a la maquinaria muerta del escenario. Esta es la zona formativa, la parte todavía no arraigada en el promedio de la raza, ni típica ni heredada ni un factor constante en la comunidad social en la que sucede. Es como la capa debajo de la corteza del árbol en la que todo el crecimiento del año está pasando. La vida abandonó al fuerte tronco de adentro, que se sostiene inerte y casi pertenece al mundo inorgánico. Capa tras capa de la perfección humana me separa de los que viven en la mitad del África que persiguieron a Stanley gritando “¡carne, carne!”. Esta vasta diferencia debe, según los principios del señor Allen, apoderarse de mi atención mucho más que la insignificante diferencia que se obtiene entre dos aves de un mismo plumaje como el señor Allen y yo. Aún así, aunque nunca me he sentido orgulloso de que la vista de alguien no despierte en mí ningún impulso

caníbal en mi apetito, soy libre de confesar que he de sentirme muy orgulloso si no me veo inferior públicamente frente al señor Allen respecto a la conducta del debate de este momento. Para mí, como profesor, la brecha intelectual entre el estudiante más sagaz y el estudiante más lento cuenta infinitamente más que entre este último y una lanceta: en efecto, nunca he pensado en esa última brecha hasta ahora. ¿Dirá, señor Allen, seriamente que todo esto es un disparate humano y *tweedledum* y *tweedledee*?³.

A los ojos de los veddah, las diferencias entre dos hombres blancos letrados parecen pocas, tienen la misma ropa, los mismos lentes, la misma disposición inofensiva, los mismos hábitos de garabatear en papel y reclinarse sobre los libros, etc. “Son solo dos tipos blancos”, diría el veddah, “sin ninguna diferencia perceptible”. ¡Pero cuántas diferencias hay entre los hombres letrados! ¡Piense, señor Allen, en confundir nuestras filosofías simplemente porque ambas están impresas en la misma revista y son indistinguibles a los ojos de un veddah! Nos aturdiría solo pensarlo.

Pero al juzgar la historia, el señor Allen deliberadamente se pone a sí mismo en los zapatos del Veddah y ve las cosas *en gros*, desenfocadas y no minuciosamente. Es muy cierto que hay cosas y diferencias que son suficientes para ser vistas de cualquier manera. ¿Pero cuáles son las humanamente importantes, aquellas más dignas de llamar nuestra atención, las diferencias grandes o las pequeñas? En la respuesta a esta pregunta yace la total diferencia entre los admiradores de los héroes y los sociólogos. Como dije al inicio, es simplemente una disputa de énfasis; y lo único que puedo hacer es establecer mis razones personales por el énfasis que yo prefiero.

La zona de las diferencias individuales y de las “desviaciones” sociales que se ponen en marcha por su común reconocimiento es la zona del proceso formativo, la cinta dinámica de incertidumbre temblorosa, la línea en donde el futuro y el pasado se encuentran. Es el teatro de todo lo que no tomamos por sentado, el escenario del drama del día a día; y sin importar qué tan estrecho sea su alcance, es lo suficientemente espacioso para alojar todo el rango de las pasiones humanas. La esfera de la raza estándar, por el contrario, sin importar qué tan grande pueda ser, es una cosa muerta y estancada, una posesión adquirida, de la que toda inseguridad ha desaparecido. Así como el tronco de un árbol, ha sido construida por sucesivas concreciones de sucesivas zonas activas. El efímero presente en el que vivimos con problemas y pasiones, sus individuales rivalidades, victorias y derrotas, pasarán

3 Esta es una expresión antigua del inglés y no tenemos total conocimiento de esta frase. Sin embargo, puede tener conexión con los personajes *tweedledum* y *tweedledee* en *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, escrito por Lewis Carroll en el año 1871. Lewis Carroll probablemente tomó estos nombres de un epigrama de John Byron.

pronto a la mayoría y dejarán su pequeño depósito en esta masa estática, para hacer espacio a actores frescos y un acto renovado.

Y, aunque puede ser verdad, como el señor Spencer predice, que cada zona posterior será fatídicamente más estrecha que sus precursoras y que, cuando el absoluto, refinado y elegante elíseo de los *Datos de la ética* prevalezca, aquellas preguntas, como las referentes a de qué lado se debe romper el huevo, desatarán las guerras de los hombres en toda su potencia⁴, incluso en esta generación encogida y débil, *spatio aetatis defessa vetusto*. ¡Cuánta ansia habrá! Batallas y derrotas ocurrirán, los vencedores serán glorificados y los vencidos deshonorados, como en los días valientes de antaño, el corazón humano todavía renunciando a lo que tiene asegurado, y concentrando toda su pasión en aquellas efímeras posibilidades de hecho que aún tiemblan en la escala del destino.

¿Y no es su instinto correcto? ¿No captamos las diferencias de raza *en la práctica* y atrapamos el único destello asignado a nosotros para alcanzar las unidades mismas de trabajo, de cuya acción diferenciadora las brechas raciales no forman sino una suma estancada? ¿Qué extraña inversión del procedimiento científico practica el señor Allen cuando nos enseña a ignorar elementos y enfocarnos solamente en proveer los resultados? Por el contrario, simplemente porque el anillo activo, sin importar su volumen, *es elemental*, sostengo que el estudio de las condiciones (que no serán nunca tan “próximas”) es el mayor de los temas para el filósofo social. Si las variaciones individuales determinan sus bajadas y subidas y salvadas a último momento y las idas y venidas, como el señor Allen y el señor Fiske admiten, ¡que Dios nos libre de hacer del estudio de estos temas un tabú en favor del estándar! Al contrario, insistamos en esto y su importancia y en escoger de la historia nuestros héroes y en intimar con sus espíritus afines, en imaginar tan fuertemente como podamos qué diferencias trajeron a este mundo sus individualidades, mientras su superficie era todavía flexible en sus manos, y cuáles plausibilidades del pasado volvieron imposibles. Cada uno de nosotros debería más bien fortificar e inspirar la energía creativa que resida en su alma⁵.

Esta es la justificación más sólida del culto a los héroes. Y el desprecio hacia esta por los “sociólogos” es la excusa de siempre para la indiferencia popular hacia sus leyes generales y estándares. La diferencia entre una América rescatada por Washington o por un “Jenkins” puede, como el señor Allen dice, ser “pequeña”, pero es, en las palabras de un amigo carpintero, “valiosa”. Algún genio organizador

4 Referencia a *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift (1726) (nota de los traductores).

5 El libro *Les Lois de l'imitation, Étude Sociologique* de Gabriel Tarde (por sí mismo una obra brillante) es el mejor comentario posible sobre este texto: “invención”, por un lado, e “imitación”, por el otro, que constituyen para el autor los únicos dos factores del cambio social (nota del autor).

debe haber emergido, naturalmente, en la Revolución francesa, pero ¿qué francés afirmará que esto fue un accidente y no resultó de haber adoptado las excesivas idiosincrasias de un Bonaparte? ¿Qué animal, doméstico o salvaje, podría considerarse como un asunto sin importancia que apenas una palabra de simpatía con bestias pudo haber sobrevivido de las enseñanzas de Jesús de Nazareth?

Las preferencias de las criaturas sintientes son las que *determinan* la importancia de los temas. Ellos son los legisladores absolutos y primordiales aquí. Y yo, por mi parte, no puedo sino considerar al discurso de la escuela sociológica contemporánea sobre estándares y leyes generales y tendencias predeterminadas, con su subvaloración obligatoria de la importancia de las diferencias individuales como el más nocivo e inmoral de los fatalismos. Supongamos que existe un equilibrio social destinado a ser, ¿a quién pertenece, a su preferencia o a la mía? Allí yace la cuestión de las cuestiones, y es una que ningún estudio de estándares puede resolver.

REFERENCIAS

- James, W. (2009). *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy* (en línea). <https://gutenberg.org/files/26659/26659-h/26659-h.htm>
- Tarde, M. G. (1895). *Les Lois de l'Imitation, Étude Sociologique* (segunda edición). Alcan.

Cómo citar: James, W. (2021). La importancia de los individuos. [The importance of individuals]. (Jiménez, L. y Céspedes, L.T. Trad.) *Humanitas Hodie*. 4(1). H41a6. (Trabajo original publicado en 1896). <https://doi.org/10.28970/hh.2021.1.a6>